

**La respuesta
está en el viento**

Bob Dylan

atrapasuenos

IM INCOMUNIDAD DE DESARROLLO
Y FOMENTO DEL ALJARAFE

casa
de las américas



Maria Paloma

Pasión de Palomares

cuchará' y paso atrás'

Número trece
Mayo de 2006

3 €

Anatomía política de la familia civilizada

Julia Varela.
Socióloga. Madrid

Este texto publicado en la revista Negaciones, a mediados de los años 70, lo hemos rescatado por su vigencia y la falta de otros textos más actuales con la misma perspectiva, aunque para Julia en este momento está falto de matices y colores que reflejen las práxicas actuales...

Hace ya casi cien años que fue publicado *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, y es preciso reconocer que, pese a las enormes simplificaciones de Engels sobre la gens iroquesa, el salvajismo y la barbarie, los posteriores análisis marxistas que se han ocupado de la familia no han llegado a superar tan bajo récord. ¿Habría que culpar de ello a Engels? ¿Al renegado Kautsky? ¿Se trata más bien de la involución teórica ocasionada por los bolcheviques? Lo cierto, y sin ironías, es que el vacío producido por los trabajos marxistas en este terreno fue ocupado por un tipo de análisis que ha sido englobado bajo la rúbrica genérica de «historia de las mentalidades». Los trabajos de Philippe Aries, concretamente los dedicados al nacimiento de la infancia y del sentimiento de familia en el Antiguo Régimen, han roto con la monótona cantinela a que nos tenían habituados los tasadores de precios y salarios. Pero entre el sociologismo dialéctico de unos y el psicologismo uniformador de los otros cabía la posibilidad de un estudio puntual de los mecanismos de poder que atraviesan la familia y que ésta a su vez proporciona. Tal es el difícil objetivo que se propuso Jacques Donzelot y que ha resuelto brillantemente en su obra *Policía de las familias*¹.

A partir de una amplia estrategia política cuyas tácticas se perfilan tímidamente en un principio para definirse poco a poco con nitidez, los «reformado-

res» del siglo XVII encuentran la solución salvífica a una gestión política de las poblaciones en una nueva reestructuración del espacio familiar, intervención que se modifica y cambia desde el siglo XVIII hasta nuestros días dando lugar a la entrada de nuevos personajes, a la aplicación de nuevas técnicas y saberes, a toda una gama de alianzas..., pero que desde el comienzo se caracteriza por un desplazamiento de los problemas del terreno político al familiar en tanto que espacio «despolitizado». Privatización y subjetivización que se refuerzan cada vez más hasta llegar a la psicologización actual.

La genealogía del mecanismo familiar realizada por Donzelot, al mismo tiempo que huye de reduccionismos teóricos (economicismo, ideología, psicologismo...), muestra el funcionamiento de la familia conyugal y las resistencias que su imposición encuentra en el interior de procesos históricos complejos. Todo esto evidencia lo que debe, tanto desde el punto de vista metodológico como en la utilización de ciertos conceptos e hipótesis, a Michel Foucault y a Robert Castel, pese a que economiza las referencias a ellos.

El postfacio que escribe Gilles Deleuze convertiría en didactismo ingenuo cualquier «resumen» de esta obra, pues en él perfila con claridad meridiana sus líneas fundamentales al mismo tiempo que le proporciona una nueva dimensión y una mayor coherencia. Se trata por lo tanto de hacer una de las lecturas posibles del libro para incidir en algunos aspectos locales en función de nuestra actualidad política, aspectos que Donzelot estudia por supuesto en Francia y que no pueden ser objeto de una trasposición mecánica a España. Dichos aspectos son la constitución de un nuevo estatuto de la mujer, la escuela como alternativa de normalización, el creciente poder de los «psi» (en general de los trabajadores sociales), y el reformismo de los grandes partidos de izquierdas, temas todos que satelizan la institución familiar moderna.

LA MUJER, AMA DE SU CASA.

Analizar la familia en términos de tácticas y de estrategias locales y de intervenciones del poder supone romper con la unilateralidad de un modelo que la condena a ser reproducción del orden político establecido (así opinan los que se reclaman del marxismo), y también con una concepción unívoca que contempla pasivamente las mutaciones en profundidad (la escuela de *Annales* y sus seguidores). Se trata más bien de estudiar a la familia en su especificidad, atravesada por la proliferación de tecnologías políticas que van a enraizarse en el cuer-

po, la salud, las formas de alimentación y de hábitat, y, en general, las condiciones de vida que desde el siglo XVIII fueron sometidas en nuestras sociedades occidentales a una constante policía extendida por todo el cuerpo social (Foucault). En la genealogía de la transformación de la familia la mujer será desde finales del siglo XVIII un objeto privilegiado de una serie de estrategias de poder. Claro está que de modo diferenciado según se trate de la mujer de clase rica o de la mujer perteneciente a las clases populares.

En el primer caso todo comienza con un discurso contra la nefasta influencia que ejercen los criados y la leche de las nodrizas sobre los niños. Discurso eminentemente médico gracias al cual éste se convertirá en médico de cabecera o de familia sustituyendo a las comadronas y a los conocedores de remedios. Pero discurso también que, en nombre del carácter sospechoso de los criados y de las amas de cría, hará del médico un aliado de la madre a quien su saber confiere el poder de vigilar a los niños y a los sirvientes proporcionando de este modo a la mujer un nuevo poder en la esfera doméstica. La mujer burguesa se convierte en la reina del hogar y en la dócil cumplidora de los consejos higiénicos y de las prescripciones médicas. Domesticación de la mujer, sin duda, pero ampliación también de su autoridad civil como madre y educadora. Nuevo estatuto que servirá de punto de apoyo a las principales corrientes feministas del siglo XIX. A partir de aquí se perfilan profesiones «femeninas» educativas y asistenciales que se extienden desde el magisterio y la ayuda médico-sanitaria a la redención del preso.

La intervención sobre las clases populares se realiza por otros canales. Su peligrosidad social exige que se pase de una protección discreta a una vigilancia directa. El mundo de las clases populares era el de la anti-familia, el vagabundeo de los niños, los infanticidios y los concubinatos. Amasijo de heterogeneidades en el que la burguesía ve la causa de la enorme mortalidad infantil que privaba de brazos útiles a la nación. Para contrarrestar estas pérdidas, el Antiguo Régimen favoreció una asistencia que aseguraba la discreción: el torno de los hospicios y orfanatos. Tal sistema presentaba inconvenientes en la medida en que implicaba una aceptación de la renuncia al establecimiento de los lazos familiares y se prestaba a tramposas utilidades. Por ejemplo, algunas madres se ofrecían como nodrizas a estas instituciones consiguiendo así cobrar por amamantar a sus propios hijos. De aquí que en 1837 el torno fuese sustituido por un despacho abierto, lo que supuso una mutación fundamental, ya que permitiría aconsejar a las madres la conservación de su hijo y, con la excusa de

las ayudas a la maternidad, establecer una amplia red de investigaciones administrativas sobre la moralidad y las condiciones de vida de las madres. Así se constituye la madre popular en torno a la cual rondan burócratas, higienistas, policías, filántropos y asociaciones de caridad. Enjambre de interventores cuyo objetivo común era ayudar a las clases pobres, moralizar su conducta, facilitar su educación y converger a la instauración del orden familiar. Esta estrategia de familiarización, que parece triunfar en la segunda mitad del siglo XIX, hará salir a las mujeres de las fábricas y de las manufacturas para insertarlas en el hogar. Con ello se pretende también que la mujer saque al hombre de la taberna, lugar de conspiración, de degradación física y de dilapidación de salarios. La cartilla de ahorros entra en el hogar con la mujer, encargada de la economía doméstica. Al mismo tiempo se extiende la política de las viviendas sociales. Casas baratas que irán lentamente inculcando el sentido de la propiedad. Un médico de la época las definió como «tumba de la insurrección». Reorganización, pues, del espacio familiar de forma que sea suficientemente amplio para ser «higiénico», suficientemente pequeño para excluir la presencia de extraños, y distribuido de tal forma que los padres puedan vigilar a los hijos y los vecinos puedan vigilarse entre sí. La mujer se instala en la casa haciendo un trabajo que no será remunerado, introduciendo la higiene en la vida obrera y controlando al hombre a cambio de sus trabajos domésticos. «Que el hombre prefiera lo exterior, la luz de la taberna, que los niños prefieran la calle, su espectáculo y promiscuidades, la culpa es de la mujer».

La mujer aparece en la familia burguesa como la aliada del médico y la catalizadora de un movimiento de repliegue de la familia sobre sí misma frente a los criados. La mujer de las clases pobres aparece a su vez en el centro de un dispositivo circular de supervisión respondiendo a una política familiarista. Dos formas distintas de ejercer un mismo oficio: la mujer, ama de su casa.

ESCUELA Y NORMALIZACIÓN.

La cuestión de la clase obrera aparece en estrecha conexión con la relación adulto-niño: reproducción incontrolada, promiscuidad, explotación infantil por los propios padres, inmoralidad conducente a la delincuencia... Estos abusos serán corregidos mediante la aplicación de leyes protectoras de la infancia: trabajo infantil, vivienda higiénica, contrato de aprendizaje, utilización de los niños por volatineros y circenses, escuela obligatoria. Entra así en escena un nuevo

filón filantrópico: la filantropía higienista «que elude una interpelación política de la economía reenviándola a la autoridad familiar por medio de la norma». El modo de generalizar esta norma a todo el cuerpo social será *la escuela*, procedimiento milagroso que va a permitir limitar la imprevisión de la reproducción, impedir la obtención de un beneficio directo del trabajo de los niños y hacer funcionar en el seno familiar, utilizando los contenidos de la enseñanza, las normas de higiene y de comportamiento conducentes al bienestar.

La extensión de la llamada escuela única plantea problemas a la lógica liberal, por esto se hará funcionar la gratuidad y la obligatoriedad. De ahí que durante casi todo el siglo XIX sigan ocupando un lugar predominante en la enseñanza las congregaciones religiosas dedicadas a los pobres. Este despliegue congregacionista se considerará a finales de siglo sospechoso de complicidad con el antiguo régimen, dada la negligencia que mantiene en la educación de las niñas; olvido imperdonable en un momento en que la mujer es el vehículo indispensable para asegurar la transmisión de las normas: vida sana, reglamentada y disciplinada. Se impone, pues, a finales del siglo XIX la obligatoriedad de la escuela pública.

Desde hacía tiempo los filántropos clamaban contra los niños vagabundos, las continuas molestias que producían a los paseantes pidiendo limosna, su corrupción sexual consecuencia de una iniciación prematura, sus robos y jolgorios. Los niños vagabundos son un foco de desorden como atestigua su presencia constante en todas las revueltas. Infancia en peligro e infancia peligrosa que debe ser domesticada con la suavidad de una enérgica disciplina escolar.

El maestro, representante de la autoridad y del saber, será el encargado de ir modelando al niño pedagógicamente, es decir, con imposiciones que aparecen como sugerencias. Lo que se pretende con la escuela de pobres es convertir al niño en punta de lanza para «hacer penetrar a través de él la civilización en el hogar». Además no hay que olvidar que los niños pobres de hoy son los trabajadores del mañana. Disciplinar sus cuerpos y morigerar sus almas significa asegurar su productividad en el futuro y favorecer el progreso social.

Política de preservación y capitalización de la fuerza de trabajo, pero además y sobre todo política de familiarización y de normalización de las clases populares. Para hacer pasar esta política se crea el espejismo de la promoción social a través de la escuela, maniatando así a la familia mediante la búsqueda del éxito y de la realización personal de sus miembros. Y frente a los que no

aceptan entrar en el juego, frente a los que suscriben el pacto social en todas y cada una de sus cláusulas, el poder judicial intervendrá para suprimir la patria potestad y aplicar la forma jurídica de la tutela, invento genial de la burguesía para resolver también el problema de la infancia². «Aparecen así -afirma Donzelet- a finales del siglo XIX una serie de pasarelas y conexiones entre la asistencia pública, la justicia para niños, la medicina y la psiquiatría». La tutela económico-moral de la familia supone la penetración del poder en la vida de los que no aceptan la norma en nombre de una protección sanitaria y educativa. Círculo vicioso que convierte a la familia en un mecanismo aprisionado en las redes del poder que actúa de forma disyuntiva: o familia escolarizada o familia tutelada. «Maravilloso mecanismo que permite responder a la marginalidad con una desposesión casi total de sus derechos privados, y favorecer la integración positiva, la renuncia a la cuestión del derecho político por la búsqueda privada del bienestar».

LA PSICOLOGÍA: UN PODER TENTACULAR.

El campo de «lo social» en el que se inscribirán los especialistas de las relaciones humanas en general (asistentes sociales, educadores especializados, psicólogos, psiquiatras, psicoanalistas, éstos con un estatuto especial), se configura a finales del XIX formando un sector híbrido entre lo asistencial y la tutela que se caracteriza por su interés por la infancia y por el alejamiento cada vez mayor de las actitudes de corrección directas para buscar una «educación liberadora».

En un principio estos especialistas están todavía muy vinculados, por lo que se refiere a la infancia necesitada de «ayuda», a los tribunales de menores y actúan a instancias del juez. Sus prácticas y saberes aparecen con un visible carácter inquisitorial y clasificatorio. Pero la prevención plantea la necesidad de un cambio de registro: la reeducación debe reemplazar a la represión. De este modo los límites entre lo asistencial y lo penal se difuminan al mismo tiempo que se amplían las posibilidades de una generalización del control. La verdadera evaluación de la inadaptación (no delito) debe tener en cuenta la personalidad del niño y el medio en que se desenvuelve. De las prácticas coercitivas y de las encuestas sociales y médico-psicológicas se pasa lentamente a un estudio dinámico de las relaciones en el que la familia es nuevamente un blanco privilegiado. Las etiquetas psiquiátricas, los resultados de los tests, las apreciaciones jurídicas, etcétera, se encubren mediante la aplicación de técnicas interpretativas

nuevas que no culpan a nadie de forma clara pero que culpan a todos en general. Entre las fisuras de las técnicas de normalización se instala, pues, el psicoanálisis dándoles una coherencia y una posibilidad de extensión al moverse dentro de un campo cuyo márgenes están en flotación continua. Lo médico, lo asistencial y lo penal pueden, a través del código fluctuante y liberal del psicoanálisis, darse al fin la mano. El psicologismo cobra nueva fuerza.

Ya pueden los psicólogos entrar a saco en las escuelas para determinar las aptitudes, medir las rentabilidades, diagnosticar las carencias y orientar hacia las profesiones. Ya pueden los psicoanalistas alargar sus rentables orejas para higienizar las nuevas lacras sociales, encontrando a derecha e izquierda edipos mal resueltos, fijaciones anómalas, desviaciones de la libido. ¿Forma de medir el equilibrio psicológico?: el test de la familia.

El tiempo de los «psi» ha llegado y con él se aproxima, si las resistencias no se agudizan, una especie de «naranja mecánica» generalizada. La familia es uno de sus frentes de intervención, ya que ha sido convertida en una especie de tuerca pasada de rosca que se retuerce sobre sí misma para realizarse, dando lugar a una relación agobiante que expone a sus miembros a las tentaciones del exterior. Movimiento centrífugo y centrípeta al mismo tiempo que genera inevitablemente conflictos dando lugar a la intervención de los especialistas de las relaciones humanas, coagentes de la tutela, delegados del poder, manipuladores de almas.

El psicólogo-psicoanalista hace entrar a la familia, a través de los problemas infantiles, en la necesidad de una socialización del niño, de una educación familiar, utilizándola así nuevamente en unión con la escuela como reproductora de la normalización. La familia no sólo deberá procurarse la subsistencia, sino que además la demanda que haga a los especialistas tendrá necesariamente que ser psicológica.

CONTRA LOS ESPACIOS DE PODER.

«Atrapada en esa doble red de tutores sociales y técnicos, la familia aparece como colonizada». Donzelet no lo dice claramente, pero sugiere que los partidos políticos de izquierdas serían algo así como un tercer círculo intervencionista que rodearía a la familia. Extraña política que comienza por una tenaz oposición a la reforma para digerirla exigiendo su mayor extensión. Tal sería el caso de los partidos obreros que en un principio denunciaron la escolaridad

obligatoria como medio de sometimiento y división de la clase obrera para exigir más tarde la multiplicación de los puestos escolares. Parecido fenómeno sucedió con la planificación familiar, acusada primero de practicar una política neomaltusiana e individualista para exigir más tarde la extensión de estos consultorios. En Madrid el PSOE acaba de abrir el centro «Pablo Iglesias» en el que participan «ginecólogos, psicólogos, ayudantes técnicos sanitarios, auxiliares de clínica y personal interesado». Centro en el que existe también un gabinete de «orientación psicosexual». La familia, mecanismo de capital importancia para la dominación burguesa, aparece así apoyada por los que se autodefinen vanguardia de la resistencia.

Es evidente que los mecanismos de control social han recibido un fuerte impulso con el engrosamiento de los técnicos encargados de inspeccionar e intervenir sobre las masas. Saberes y poderes imbricados que se extienden en virtud de su lógica totalitaria sin que los partidos obreros les hagan frente. Es más, una política electoralista parece conducir necesariamente a su aceptación -y, por tanto, a su reproducción-, ya que los votos de estos manipuladores de las conductas pueden ser decisivos. Ahora bien, pedirles el voto supone de hecho asumir sus funciones. Espiral interminable de reconocimientos que conduce a una política exclusivamente antioligárquica. Si los partidos de izquierdas insisten tan frecuentemente en la crítica contra la oligarquía financiero-terrateniente, los grupos de familias, las élites, etc., no se deben exclusivamente al economismo, sino también a que su aceptación de la democracia implica la aceptación de casi todo, si se exceptúa esa especie de verruga bancaria que hay que extraer para dejar purificado al cuerpo social. Una política tan elemental olvida que, incluso en términos marxistas, la lucha de clases atraviesa todos los espacios.

Se instaura en España una etapa llamada democrática. Las democracias burguesas no difieren cualitativamente de las dictaduras. Sirva como prueba la facilidad con que se pasa de unas a otras. Quizás la diferencia más fundamental estriba en el modo de ejercer los controles: mientras que en las dictaduras el carácter policial y represivo es brutal y visible, en las democracias la policía cambia de rostro, se disemina por todos los espacios -véase la sectorización policial que representa la reciente reforma de la policía-, y sobre todo se ve completada por la actuación de todos esos técnicos que intervienen intensificando controles y coagulando espacios de libertad.

Más allá de los insultos y de las etiquetas, la izquierda española puede encontrar hoy una estrategia coherente de lucha en los ataques locales, puntuales, tácticos contra los espacios de poder. Lucha contra los controles en los barrios, los poderes ejercitados en la escuela, el ejército, las prisiones, los hospitales, los manicomios, la familia, la degradación del hábitat -desde la calle a la taberna-, la explotación de los trabajadores, el machismo... Luchas dirigidas contra los que utilizan su saber como arma de poder y de control social. En ellas todos pueden participar y tener derecho a la palabra y a la acción sin ser tutelados ni dirigidos por los especialistas de la vanguardia.

Las luchas contra el poder, allí donde éste se ejerce, pasan por la resistencia de los profesionales a las funciones que se les han asignado. Es preciso golpear en todos los espacios de poder y hacer de la radicalidad de los golpes las condiciones de posibilidad para conectar luchas específicas que no deben ser diluidas en intereses prioritarios. Donzelot ha contribuido a delimitar uno de estos espacios y, por tanto, ha designado un lugar de enfrentamiento: la familia civilizada.

NOTAS.

(1) Jacques Donzelot, *La police de familles*, Postface de Gilles Deleuze, Ed. De Minuit, París, 1977.

(2) Sobre la tutela véase la magnífica obra de Robert Castel, *L'Ordre Psychiatrique L'âge d'or de L'alienisme*, Ed. De Minuit, 1976.